

# Paciencia con el Señor en San Agustín

DR. PÍO DE LUIS VIZCAÍNO  
*Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid*

Recibido: 10 julio 2022

Aceptado: 30 septiembre 2022

**Resumen:** Ha sido el libro *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos* del escritor checo Tomáš Halík el que suscitó nuestro interés por estudiar el tema en san Agustín. Como el sintagma «paciencia con Dios» no aparece explícitamente en la obra agustiniana, la primera parte del estudio, de naturaleza filológica, nos ha permitido advertir la idea encubierta bajo la recomendación *sustine Dominum* del Sal 26/27,14. A partir de ahí, el estudio se centra en los once textos en que el predicador de Hipona comenta o simplemente recurre a ese versículo del salmo. La paciencia con Dios la recomienda concretamente a dos categorías de personas: los amantes y los sufridos, que, por distintos motivos, soportan el peso de la impaciencia. Luego, en sendos apartados, se analizan las respectivas causas de impaciencia y las razones que justifica la invitación a ser pacientes con el Señor, aducidas por el santo. En una breve conclusión, se señalan convergencias y divergencias entre el planteamiento del obispo de Hipona y el del autor checo.

**Palabras clave:** Paciencia, impaciencia, amor, sufrimiento, Iglesia, vida futura, esperanza, fe.

**Abstract:** It has been the book *Patience with God. Close to the distant ones* of the Czech writer Tomáš Halík who aroused our interest in studying

this subject in Saint Augustine. As the phrase “patience with God” does not appear explicitly in the Augustinian work, the first part of the study, of a philological nature, has allowed us to notice the hidden idea under the *sustine Dominum* recommendation of Ps 26/27,14. From there, the study focuses on the eleven texts in which the preacher of Hippo comments on or simply resorts to that verse of the psalm. Patience with God is specifically recommended for two categories of people: the lovers and the long-suffering, who, for different reasons, bear the weight of impatience. Then, in two separate sections, are analyzed the respective causes of impatience and the reasons that justify the invitation to be patient with the Lord, adduced by the saint. In a brief conclusion, convergences and divergences are pointed out between the approach of the Bishop of Hippo and that of the Czech author.

**Keywords:** Patience, impatience, love, suffering, Church, afterlife, hope, faith.

Detrás de estas páginas se halla el libro *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos* del escritor checo Tomáš Halík<sup>1</sup>. Su lectura me sugirió estudiar el tema de la paciencia con el Señor en san Agustín y ver si hacía uso de la idea o, incluso, si le era familiar.

## I. LA PACIENCIA CON DIOS

### A) PACIENCIA

El santo define la paciencia como «la virtud humana por la que toleramos males con ánimo sereno, para no perder, a causa de un ánimo alterado, bienes por medio de los cuales podemos alcanzar otros mejores»<sup>2</sup>. A partir de esta definición concluye: «Por tanto, quien no tiene paciencia, al rehusar soportar los males, en vez de librarse

<sup>1</sup> TOMÁŠ HALÍK, *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos*. Traducción de Antonio Rivas González. Herder, Barcelona 2014.

<sup>2</sup> *Pat.* 1. El lector dispone de una buena presentación de esta obra –en origen un sermón– en la introducción de N. Cipriani a la misma en la Nuova Biblioteca Agostiniana 7/2 (Città Nuova Editrice, Roma 2001), 665-676,

de ellos, acaba sufriendo otros mayores” (*pat.2*)<sup>3</sup>. No se queda, pues, en la definición de la virtud, sino que, dando un paso más, señala las consecuencias negativas que se derivan de no poseerla: pérdida de bienes mayores, aumento de males. Por otra parte, entre las diversas acepciones que del término ofrece la Real Academia de la Lengua Española, destacamos la primera y la tercera: la «capacidad de padecer o soportar algo sin alterarse» y la «facultad de saber esperar cuando algo se desea mucho». A primera vista esta concepción adquiere mayor amplitud que la de san Agustín, al vincularla con la espera. En realidad, sin embargo, este aspecto cabe incluirlo en el primero porque la espera de algo vivamente deseado se siente como un mal que conlleva cierta dosis de padecimiento.

## B) PACIENCIA CON DIOS

Relacionar la paciencia con Dios no es problema. De hecho, el santo da comienzo a su pequeña obra sobre esta virtud diciendo: «La virtud del alma que denominamos paciencia es un don divino tan grande que incluso hablamos de la paciencia de Dios que nos la otorga» (*pat. 1*). Pero una cosa es la paciencia de Dios con el hombre y otra la paciencia del hombre con Dios. La primera, que tiene asumida cualquier fiel cristiano, está omnipresente en las páginas agustinianas, porque se halla también en la Escritura (cf. Rom 2,4; 3,26; 15,5; 1 Pe 3,19); en cambio, el simple plantearse la existencia de la segunda puede, como mínimo, producir extrañeza en alguno. En las definiciones dadas, la paciencia se ha presentado, en su aspecto objetivo, como un modo específico de situarse frente a algo –un mal–<sup>4</sup>, no frente a alguien. No obstante, en el lenguaje ordinario es habitual hablar de la paciencia que se tiene o que hay que tener con alguien. El hecho se explica por el paso del mal sufrido a quien lo causa. Pero, en este caso, hablar de paciencia con el Señor implicaría asumir que él es el causante del mal que hay que

<sup>3</sup> *Ib.* Además de esta obrita, el obispo de Hipona predicó un sermón sobre la paciencia (s. 359A [Lambot 4]). Ni la obra ni el sermón van a tener peso específico en este estudio que se ocupa de un aspecto de la paciencia no contemplado en ellos, al menos explícitamente.

<sup>4</sup> Aunque san Agustín incluye el bien, pero limitado a la prosperidad de este mundo, en cuanto puede ser obstáculo para alcanzar la felicidad futura: «Puesto que quien busca la felicidad arriba ha de tolerar incluso la felicidad de aquí abajo» (s. 359A [Lambot 4],17).

soportar pacientemente, lo cual choca con la concepción que el cristiano tiene de Dios.

Entonces, dado que Dios no es un mal, ni autor de mal alguno, ¿cabe hablar de paciencia con el Señor? Una respuesta correcta requiere tener en cuenta la posible desinformación e ignorancia humana. De hecho, a veces, a pesar de las apariencias, el mal no es real, sino solo supuesto, y el autor del mal no es real, sino solo presunto. Por otra parte, algo que se percibe como un mal, puede tener su aspecto positivo que no ve quien lo sufre, y aunque un sujeto no sea directamente autor de un mal, puede tener con él una relación susceptible de una valoración positiva. A partir de estas consideraciones ya no resulta absurdo hablar de tener paciencia con el Señor. Valga como ejemplo provisional el uso que hace el santo de Prov 3,11/Heb 12,6 (*Dios corrige a los que ama y castiga al que recibe como hijo*) en contextos de sufrimiento. Desde una visión providencialista de la historia como la agustiniana, se entiende que Dios otorga a los males que causan los hombres un valor salvífico, que justifica soportarlos con paciencia. Aunque el santo no utiliza nunca –que sepamos– el sintagma «paciencia con el Señor» en su literalidad, la idea está presente en su obra. Esa ausencia terminológica carece de importancia, pues en un determinado contexto bien puede hallar expresión una realidad, aunque falte su nombre específico (*Io. eu. tr.* 97,4). Por otra parte, esta «paciencia con Dios» no es tema objeto de consideración cuando se trata de la paciencia según san Agustín<sup>5</sup>. Valgan como ejemplo los estudios de P. Borgomeo<sup>6</sup>, El autor examina diversos aspectos asociados al tema de la paciencia en la predicación del obispo de Hipona, pero pasa por alto el que nos va a ocupar en estas páginas. Hablando de la paciencia como tolerancia, afirma que, según san Agustín, se ejercita no solo en relación con los malvados o los falsos

<sup>5</sup> No lo considera por ejemplo M. Spanneut cuando expone la paciencia según san Agustín en *Reallexikon für Antike und Christentum* 9 (1976) 243-294:267-269, o en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique* 12/1 (1984) 438-476:448. Ni tampoco N. Cipriani en la introducción a la obra agustiniana sobre el tema. Cf. nota 2.

<sup>6</sup> El último capítulo de su estudio sobre la Iglesia en san Agustín lleva por título «L'Église comme patience» (*L'Église de ce temps dans la prédication de san Agustín*. (Études Augustiniennes, Paris 1972, 357-386). Las ideas allí expuestas las recoge en un artículo más reciente sobre el mismo tema («La Chiesa in camino, mistero di "patientia". Una meditazione agostiniana», en *La civiltà cattolica* 2 (2007) quaderno 3766, 329-338. Son los únicos que hemos podido encontrar.

hermanos, que oprimen la barca hasta hacer que casi se hunda, sino que llega también a la solidaridad con el hermano menos dotado al que hay que enseñar con paciencia<sup>7</sup>. Por una parte, el autor contempla la paciencia frente al mal sufrido, pero no frente a un bien aún no logrado; por otra, en relación al primer caso solo contempla la paciencia con los causantes o con los sujetos pacientes del mal, pero no la paciencia frente a quien, sin ser sujeto activo, lo permite, pudiendo evitarlo. De forma más explícita, no contempla ejercitar la paciencia con Dios o porque tarda en entregarse plenamente a quien le ama o porque permite que el mal acose, de la forma que sea, a sus fieles<sup>8</sup>.

El objetivo de estas páginas, pues, no es el estudio de la paciencia según san Agustín, virtud de la que el santo es el último gran teórico, que recoge la sabiduría antigua al respecto, pero reconociendo su origen sobrenatural y vinculándola con la salvación<sup>9</sup>. Lo que pretenden es llenar, aunque solo parcialmente, la laguna indicada. En las páginas que siguen intentaremos mostrar que el tema de la «paciencia con el Señor», en la doble perspectiva señalada, subyace a la comprensión agustiniana de Sal 26,14. En la versión latina utilizada por el santo el versículo tenía este tenor literal: *Sustine Dominum, viriliter age et confortetur cor tuum, et sustine Dominum*<sup>10</sup>. La «paciencia con Dios» aparece encubierta en la exhortación *sustine Dominum* que abre y cierra el versículo, respaldada por las otras dos oraciones: *viriliter age* («actúa varonilmente») y *confortetur cor tuum* («que tu corazón se haga fuerte»), que señalan lo que comporta. El uso que del versículo hace el santo abarca los dos aspectos de la paciencia antes indicados: «capacidad de padecer o soportar algo sin alterarse» y la «facultad de saber esperar cuando algo se desea mucho», que, concluidas unas observaciones de carácter filológico, estructurarán estas páginas. Los pasajes en que el versículo del salmo aparece en la boca o pluma del pastor de Hipona superan

<sup>7</sup> Cf. P. BORGOMEIO, «La Chiesa in camino... », p. 335.

<sup>8</sup> Ciertamente considera la exigencia de la paciencia de la Iglesia en el marco de los *kairoi* de Dios («La Chiesa in camino... », p. 331-332), pero la perspectiva es distinta de la que consideramos aquí.

<sup>9</sup> Cf. M. SPANNEUT, «Geduld»: *Reallexikon für Antike und Christentum*, 269; *Dictionnaire de spiritualité*. 448.

<sup>10</sup> De momento mantenemos el texto en latín a espera de determinar cómo ha de traducirse al español.

la decena, pero solo dos de ellos –sus dos exposiciones del salmo 26<sup>11</sup>– son propiamente comentario; en los demás aparece como subsidiario de otros textos o ideas<sup>12</sup>.

### 1) «Sustine»

Cualquier diccionario latino señala una variedad de significados del verbo *sustinere*, entre los que están: sostener, mantener, sustentar, padecer, tolerar, apoyar, soportar, etc. ¿Cuál es el significado preciso le asigna el obispo de Hipona cuando cita Sal 26,14? Para poder responder, comencemos examinando el salmo. Junto a su vivo y único deseo de habitar en la casa de Dios y de contemplar su rostro, el salmista señala la existencia de malvados que desean devorar su carne y que han levantado un campamento frente a él; señala asimismo el abandono que sufre por parte de su padre y su madre, y las calumnias y mentiras proferidas por testigos malvados. Luego expresa su esperanza de alcanzar los bienes del Señor, pero en la futura tierra de vivos, no en la presente tierra de muertos. La respuesta a esta situación adversa es la exhortación *sustine Dominum* (*en. Ps.* 26,1,14). Son aspectos que el santo pone de relieve en su primera exposición; en la segunda, más larga, dedica mayor espacio tanto al hostigamiento sufrido como al deseo de habitar en la casa del Señor y de buscar su rostro. No extraña, pues, que el predicador de Hipona presente la exhortación como un consuelo<sup>13</sup>, la vincule con los suspiros del salmista y la vea como prueba de que el Señor ha acogido complacido su único deseo. Lo ha acogido, sí, pero sin darle cumplimiento de inmediato. En el tiempo de espera no queda sino *sustinere Dominum* (*en. Ps.* 26,2,23).

<sup>11</sup> *En. Ps.* 26,1,14 (a. 394-395) y *en. Ps.* 26,2,23 (a. 403). En estas páginas seguimos la numeración de los salmos propia de la Traducción de los LXX del Antiguo Testamento, que se distingue de la numeración del texto original hebreo en que, desde el salmo 11 hasta el salmo 146, cuenta un número menos. En nuestro caso concreto, el salmo 26 corresponde al salmo 27 de nuestras Biblias.

<sup>12</sup> Son los siguientes: *exp. Gal.* 61 (año 394); *en. Ps.* 29,2,8 (¿a. 395-396?); *ep.* 64,1 (a. 401-402); *c. litt. Pet.* 3,4 (a. 403); *en. Ps.* 36,2,4 (a. 403); *en. Ps.* 41,11 (¿a. 405? ¿411?); s. 157,1 (¿a. 403?); s. 170,9 (no antes del a. 417); s. 339,6-7 (hacia 425-430). A ellos hay que añadir *en. Ps.* 74,3 (anterior al a. 411). *En. Ps.* 1,4 (a. 394-395) cita Sal 36,34 con la lectura *sustine Dominum*.

<sup>13</sup> La exhortación consolatoria aparece repetidamente en los textos agustinianos (cf. *en. Ps.* 43,1; 145,1; s. 157,1; *ep.* 208,2).

San Agustín cita Sal 36,34 de dos formas: con el verbo *expectare* (al Señor) (*en. Ps.* 36,3,14) y con *sustinere* (al Señor) (*en. Ps.* 1,4). En la versión que utiliza el obispo de Hipona<sup>14</sup>, el versículo 33 concluye afirmando que Dios no condenará al justo cuando sea juzgado. El santo advierte que la afirmación no se refiere al tiempo presente, pues ahora no es tiempo de recibir el premio o castigo, sino tiempo de bregar, de sembrar soportando el frío, el viento o la lluvia, con la mirada puesta en la cosecha del verano. En este contexto lo que hay que hacer es *expectare* al Señor y seguir sus caminos (*en. Ps.* 36,3,13-14).

Los contextos en que el pastor de Hipona recurre a la exhortación son variados: la comparación de la existencia cristiana con una sembrera que se lleva a cabo con tiempo particularmente adverso, esto es, con frío, vendavales, aguaceros, etc. (*exp. Gal.* 61); la comparación con la construcción de una casa que tiene lugar en medio de múltiples dificultades originadas por enemigos que se mofan o se divierten a costa de los que la construyen (*en. Ps.* 29,2,8); la constatación de que los pecadores obtienen un éxito fácil y rápido, se jactan de sus placeres, olvidan a los Lázarus de turno y actúan impunemente despojando de sus bienes a los justos (*s.* 157,1; *en. Ps.* 36,2,4); los problemas de la convivencia con los cismáticos que perturban la paz eclesial y con su orgullo desgarran la unidad (*c. litt. Pet.* 3,4); el largo tiempo de espera hasta el encuentro definitivo con el Señor de quien ha tenido una experiencia gozosa de él (*en. Ps.* 41,11); el impacientarse de alguien porque Dios tarda en otorgarle los dones prometidos (*s.* 339,6-7). Tal es el panorama de sufrimientos, penalidades, dificultades o humillaciones de distinto signo experimentados por el fiel cristiano que llevan al obispo Agustín a recurrir a la exhortación *sustine Dominum* del salmista (Sal 26,14).

Por otra parte, en ese recurso la exhortación suele formar parte de un racimo de citas bíblicas, que la pueden preceder o seguir, pero siempre dentro de una experiencia de vida en la que algún mal, del tipo que sea, se hace sentir. De forma explícita aparecen 1 Cor 15,44: *se siembra el cuerpo animal...* (*exp. Gal.* 61); Sal 125,5: *Quien siembra con lágrimas...* (*Exp. Gal.* 61); Mt 10,22: *quien perseverare hasta el final...* (*Exp. Gal.* 61; *en. Ps.* 26,2,17; 41,11); Gal 9,10: *no desfallezcamos haciendo el bien* (*Exp. Gal.* 61); Sal 29,1: *enemigos que se alegran a mi costa* (*en. Ps.* 29,2,8); Eclo 1,18: *a más ciencia, más dolor* (*en. Ps.* 29,2,8);

<sup>14</sup> San Agustín mismo señala variantes en los códices (cf. *en. Ps.* 36,3,13).

2 Tím 3,12-13: *los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones* (en. Ps. 29,2,8); Job 7,1: *esta vida es una prueba* (en. Ps. 29,2,8); Rom 12,12: *sufriendo en la tribulación* (ep. 64,1); Rom 8,24-25: *... y si lo que no vemos esperamos, mediante la paciencia lo esperamos* (ep. 64,1; s. 157,1; en. Ps. 41,10,11); Eclo 2,16: *¡Ay de los que perdieron la sustinentia!* (en. Ps. 26,2,23; s. 157,1); 2 Cor 5,6: *peregrinos lejos del Señor* (en. Ps. 41,10); Sal 41,6: *¿por qué estás triste, alma mía, y por qué te conturbas?* (en. Ps. 41,10); Rom 8,23: *gemimos en nuestro interior esperando la adopción, el rescate de nuestro cuerpo* (en. Ps. 41,11); Ez 33,10: *Mi maldad está sobre mí, me consumo en medio de mis pecados, ¿qué esperanza tengo de vivir?* (s. 339,7). En estas citas bíblicas que escoltan la exhortación de Sal 26,14, es fácil advertir un panorama de sufrimiento, de cansancio, o desfallecimiento, de humillación, de persecución, de prueba, de nostalgia, de tristeza, de gemidos, de falta de esperanza. La misma realidad señalada al presentar los contextos. Nada extraño, pues las citas bíblicas iluminan los contextos que conducen a la exhortación.

El verbo *sustinere* nos remite a la tradición filosófica antigua, en cuanto que aparece en la máxima estoica *sustine et abstine* (soporta y contente). Su conocimiento por parte de Agustín hay que suponerlo, dada su buena información sobre esa corriente filosófica<sup>15</sup>. Pero las suposiciones sobran cuando hay pruebas evidentes, como son los sermones 38 y 20,2, aunque, por tratarse de textos de predicación, el santo no aluda a su ascendencia filosófica. En ambos sermones el predicador presenta *sustinere* como contrapunto a *abstinere* (*/continere*), dos exigencias para el hombre que vive en este mundo. Dios –dice– manda contenerse de lo que este mundo llama bienes y soportar los males que abundan en él, dos actitudes que purifican el alma y la hacen capaz de la divinidad (s. 38,1); la primera evita que lo apresen sus apetitos y la segunda que lo adverso abata al hombre (s. 20,2).

Por otra parte, conviene tener en cuenta que en algunos pasajes de la obra agustiniana el verbo *expectare* aparece como alternativo o sinónimo de *sustinere*. Por ejemplo, la versión del versículo en el *Speculum* presenta coordinados ambos verbos al servicio de la

<sup>15</sup> Cf. M. L. COLISH, *The Stoic Tradition from Antiquity to the Early Middle Ages, II. Stoicism in Christian Latin thought through the sixth century* (Brill, Leiden 1985) p. 142-238.



*variatio*, sin que cambie el significado: *expecta Dominum, confortare, et roboretur cor tuum, et sustine Dominum* (*spec.* 6), En el s. 170 es el predicador mismo, no ya el texto bíblico, quien se expresa de idéntica manera –*expecta Dominum, sustine Dominum*– (s. 170,9). La misma realidad se constata en relación con Sal 36,34: en un pasaje se lee en la forma *sustine Dominum* (*en. Ps.* 1,4) y en otro *expecta Dominum* (*en. Ps.* 36,3,14). Ambos datos dan razón de que diversos traductores viertan *sustinere* por «esperar»<sup>16</sup>.

Pero, ¿es «esperar» el verbo que traduce con exactitud el *sustinere* de Sal 26,14, según lo entiende san Agustín? No parece. El versículo evoca Sir 2,16: ¡Ay de aquellos que perdieron la *sustinentia*! (*en. Ps.* 26,2,23; s. 157,1) al predicador, que lo ha utilizado frecuentemente en su polémica con los donatistas (cf. *c. ep. Parm.* 2,2; 2,3; *c. Gaud.* 1,34; 1,39; s. 47,17), cismáticos que se caracterizaban precisamente por la falta de paciencia. De ello era prueba su voluntad de anticipar al tiempo presente la separación de buenos y malos que Dios tiene pensada para el fin del mundo (Mt 13,40). El santo los describe con estas palabras: «miserables que perdieron la paciencia y apresurándose a separarse a sí mismos antes de tiempo de la paja, mostraron ser ellos mismos levísima paja sacada de la era» (*c. ep. Part.* 3,27). Lo lógico es pensar que «perdieron la paciencia» remite a Sir 2,16 y, concluir que, la *sustinentia* que aparece en las otras citas la entiende el santo como «paciencia» sin más. De hecho, el mismo texto aparece en las obras de san Agustín en la forma: ¡Ay de los que perdieron la paciencia (*patientiam*)!, propia de la Vulgata (*pat.* 10; s. 4,33), texto que le sugiere esta aclaración terminológica: «Sea que se hable de *patientia*, de *sustinentia* o de *tolerantia*, única es la realidad significada con varios términos. Nosotros hemos de fijar en

<sup>16</sup> Así la edición italiana de la NBA traduce: *Spera nel Signore* (pp. 357 y 387); la edición francesa de la BA 58/1: *Attends le Seigneur* (pp. 31 y 85), lo mismo que la edición de Du Cerf (Paris 2007) pp. 232 y 250, y en la Raufx, tomo 8°, pp. 230 y 240. La edición inglesa de la colección Ancient Christian Writers: *Wait for the Lord*; igual que la de Nicene and Post Nicene Fathers, p. 65; en cambio, la edición de J. Rotelle (Nueva York 1999), p. 273.289. traduce *Hold out*. En la edición española de la BAC (OCSA XX, Madrid 2018), E. Eguiar-te traduce: *Espera en el Señor* (pp. 148 y 371), mientras que en la edición de BAC (OCSA XIX, Madrid 2014), J. Anoz había traducido *Ten paciencia con el Señor* (pp. 298 y 325).

nuestro corazón esa única realidad, no la diversidad de palabras que la expresan» (s. 359A [Lambot 4])<sup>17</sup>.

Rom 8,24-28 es otro pasaje bíblico que, en tres textos agustinianos (*ep.* 64,1; *s.* 157,1; *en. Ps.* 41,10.11), figura como punto de partida de un recorrido mental cuyo término es Sal 26,14. Según el Apóstol, el cristiano vive en la esperanza de algo que, precisamente por tratarse de esperanza, aún no ve; el mismo Apóstol añade que esperar lo que no se ve, equivale a guardarlo mediante la paciencia. Y la mención de la paciencia evoca en el santo el *sustine* de Sal 26,14. Es decir, interpreta el versículo del salmo como exhortación a mantener la paciencia. Y todavía va más lejos al «contaminar» Rom 8,24-25 con la idea de perseverancia. A los conceptos fundamentales de esperanza y paciencia del texto paulino, él añade el de perseverancia como medio de enlace con el *sustine* de Sal 26,14. La invitación a la perseverancia va seguida de la invitación a escuchar a Dios mismo que habla en Sal 26,14 (*en. Ps.* 41,11). Al hilo de Rom 8,24-25 aparece repetidamente la necesidad de la perseverancia que acaba en paciencia. De esta constatación se puede concluir, primero, que el *sustinere* de Sal 26,14 incluye también la idea de perseverancia, perseverancia que tiene lugar en un contexto de sufrimiento y, segundo, que, en la interpretación del santo, el *sustinere* da razón de la paciencia de que habla san Pablo (Rom 8,25).

Los datos precedentes hacen posible asignar un significado específico al verbo *sustinere* de Sal 26,14. No cabe duda de que encierra un sentido de esperanza. Así lo manifiesta el verbo alternativo *expectare*. Pero conviene matizar. En efecto, aunque la esperanza guarda siempre relación al futuro, el énfasis se puede poner en lo que se espera o en el tiempo que dura la espera. No es lo mismo esperar que llueva que esperar que deje de llover; ni es lo mismo esperar poder volar que esperar que el vuelo llegue a tiempo a su destino. En ambos casos la actitud psicológica puede ser positiva en cuanto expresión de un deseo –esperar que llueva o esperar poder volar– o negativa, en cuanto expresión de un temor –que no deje de llover o que el vuelo se retrase–. En el segundo caso el temor puede tener una base psicológica –el tiempo de lluvia se me hace largo– u ob-

<sup>17</sup> Sobre la paciencia como *sustinentia*, cf. P. BORGOMEIO, *L'Église de ce temps*, p. 359-361. Téngase en cuenta que el sintagma *patientissime/patienier sustinere* aparece no menos de 50 veces en los textos agustinianos. En estos casos el adverbio que acompaña al verbo explicita su significado.

jetiva –diversas circunstancias, como, por ejemplo, tener que hacer varias escalas–.

En nuestro caso concreto, esa esperanza reclama una gran carga de paciencia para no perder la calma ante la insatisfacción que causa el vivo deseo no satisfecho o ante las dificultades señaladas o sugeridas por los textos bíblicos que acompañan la exhortación, o ante las diversas circunstancias en que primero el salmista y luego el pastor de Hipona recurren a ella. En la etimología de «paciencia» está el verbo *pati*<sup>18</sup> (padecer). Solo que el padecer puede causar un mal o la duración de la espera de un bien. En el primer caso la paciencia va de la mano con la tolerancia<sup>19</sup>; en el segundo, con la perseverancia<sup>20</sup>. En los textos que comentamos encuentra espacio tanto la tolerancia (*en. Ps.* 26,1,14; 41,9; *c. litt. Pet.* 3,4; *s.* 157,2), como la perseverancia, aunque en las citas bíblicas que escoltan Sal 26,14 no aparece ninguna que incluya la tolerancia, pero sí algunas en que aparece Mt 10, 22 (*Exp. Gal.* 61: *en. Ps.* 41,11). La paciencia, asociada a la perseverancia, la reclama una larga espera en medio de dificultades y, además, sin plazo fijo; una espera no entretenida, sino angustiada porque aún no se ve lo anhelado; angustia que ni la certeza de que llegará lo esperado logra evitar. En definitiva, el *sustinere* bien puede traducirse por «tener paciencia»<sup>21</sup>.

## 2) «Dominum»

En Sal 26,14 el verbo *sustine* tiene como complemento directo *Dominum*. No exhorta, pues, simplemente a mostrarse pacientes ante

<sup>18</sup> Cf. *Pat.* 1.

<sup>19</sup> Según P. Borgomeo, la expresión más adecuada de la paciencia: «Le vrai verbe de la *patientia* est, pour Augustin, *tolerare*: et seule, la *tolerantia* peut prétendre à constituer le synonyme le moins inadéquat de *patientia*» (*L'Église de ce temps*, 360).

<sup>20</sup> El mismo P. Borgomeo se pregunta si, alguna vez, el contenido semántico de una palabra ha estado en contradicción más flagrante con su etimología –*pati*– que en el término paciencia, pues nada hay menos «pasivo» que la paciencia del cristiano. De hecho, la paciencia no es resignación inerte y fatalista de quien espera el fin de la tormenta, sino, más bien, la constancia del luchador, la obstinación del escalador, la seguridad del navegador, la confianza del amante (ibídem, p. 359).

<sup>21</sup> En un sermón, el orador invita a dar gracias al Señor “porque tuvo paciencia (*sustinuit*) conmigo que tardaba en volver a él (s. 360). En este caso el orador parece haber sido un obispo donatista que volvía a la Iglesia católica (cf. DOLBEAU, F., «Par qui et dans quelles circonstances fut prononcé le sermon 360 d'Agustin»: *Revue Bénédictine* 195 (1995) 293-307.

una situación adversa, sino a tener paciencia con una persona; en concreto, con el Señor<sup>22</sup>. Ya indicamos antes lo que esta idea encierra de problemático, en cuanto pensamiento que no se ajusta fácilmente a la idea que el cristiano se hace de Dios y, a la vez, que tiene su lógica.

Rom 8,23-25 es iluminador a este respecto. El Apóstol sostiene que esperar lo que no vemos es aguardarlo mediante la paciencia, refiriéndose a la consecución de la adopción filial y la redención de nuestro cuerpo. A continuación del texto paulino, san Agustín aduce Sal 26,14, introduciéndolo con estas palabras: «Justamente porque esperamos lo que no se ve y lo esperamos por medio de la paciencia, nos dice el salmo: «*Sustine Dominum...*» (*Ten paciencia con el Señor...*). En la interpretación del santo, el salmo dice lo mismo que el Apóstol, como si no advirtiera el salto cualitativo que acaba de dar: ha pasado de la paciencia frente a algo, a la paciencia con alguien; de «esperar algo mediante la paciencia», a «tener paciencia con el Señor», precisamente el que otorga lo que se espera conseguir mediante la paciencia. Lo habitual es que san Agustín invite a tener paciencia «con el Señor» (*Dominum*), ateniéndose a la literalidad del texto del salmo. Solo dos veces, y como de refilón, exhorta a tener paciencia «con Dios» (*Deum*) (s. 157,1; 351,4). El dato permite deducir que no llega a la idea por una especie de lógica teológica, sino que, si la acepta, la expone y la defiende, es porque la ha encontrado en la Escritura y nada más.

No hay duda de que la esperanza está incluida en el significado de *sustinere Dominum*. No obstante, no cabe traducir la exhortación por «esperar en el Señor», concepto expresado por *sperare in Dominum* o *in Domino*; tampoco por un «esperar al Señor» sin más<sup>23</sup>, sino esperararlo en un contexto específico y con una actitud determinada. El contexto es de sufrimiento al que no se ve término, al que solo el Señor puede ponérselo y al que seguirá la satisfacción plena de las propias aspiraciones. Por esto mismo, la actitud no es la de una resignación puramente pasiva, sino la de una aceptación confiada, con buen ánimo, cuyo fundamento está precisamente en que se trata de paciencia con el Señor, que es una garantía.

Si queremos mayor precisión, una traducción más correcta de la exhortación sería «Ten paciencia con tu Señor», como abreviación de

<sup>22</sup> Por eso, a partir de ahora hablaremos de paciencia con el Señor.

<sup>23</sup> Es también exhortación repetida del salmista. Cf. Sal 36,3; 41,6; 42,5.

«Ten paciencia con(migo que soy) tu Señor». Así debe entenderse si, aunque proferida por el salmista (*exp. Gal. 61*)<sup>24</sup>, la exhortación llega del Señor mismo (*en. Ps. 26,2,13*) o de Dios (*en. Ps. 41,11*). De una parte, la lengua latina admite la supresión del posesivo cuando el posesor es el sujeto de la oración; por otra, se entendería mal que el Señor hablase de sí en tercera persona. Explicitar el posesivo hubiese añadido un tono afectuoso, que dispone para acoger con buen ánimo la exhortación, aunque sea dura, pero el texto que tenía san Agustín no lo incluía.

## II. LA PACIENCIA DEL AMANTE Y LA PACIENCIA DEL SUFRIDO

No hay ejercicio de paciencia que no presuponga cierto grado de sufrimiento. Pero no todo sufrimiento es igual ni, sobre todo, tiene la misma causa. Uno es el sufrimiento por no lograr alcanzar un bien y otro el sufrimiento por no lograr evitar un mal; uno el sufrimiento que causa el amor que abraza el corazón de un amante y otro el que produce cualquier mal cuya causa es ajena a quien lo sufre. En ambos casos el sufrimiento lo produce algo –el amor y el mal– y alguien –quien no corresponde al amor y quien tiene alguna responsabilidad sobre el mal–. En nuestro caso, el «quien» es siempre el Señor o porque tarda en entregarse al alma que lo desea o porque tarda en librar a los suyos de los distintos males que sufren. En conformidad con ello, hablamos de los dos tipos de paciencia que figuran en el epígrafe de este apartado. Conceptualmente distintos, en los textos se solapan a veces y se complementan.

### A) LA PACIENCIA DEL AMANTE

La paciencia suele acompañar a todo amante, pero, al atenernos a los textos de san Agustín, nos ocupamos solo de la paciencia con el Señor, recomendada a quien lo ama. De ella tratan varios textos del

<sup>24</sup> Como es habitual en él (cf. *en. Ps. 31,24; 30,2,2,13; 44,10; s. 22,2; 35,5; etc.*), también aquí el santo considera al salmista como un profeta –*clamat propheta*– (*exp. Gal 61*), igual que a los autores de los otros libros sapienciales. Como tal lo presenta al enumerar los libros de la Escritura en *doctr. christ. 2,13*. En *trin. 15,30* señalará el distinto criterio utilizado por Jesús al respecto: en Mt 20,40 incluye los salmos entre los profetas, mientras que en Lc 24,44 los distingue.

santo: *en. Ps. 26,1,1-14; en. Ps. 26,2,1-23; en. Ps. 41,10-11; s. 170,9 y s. 339,6-7, a los que puede añadirse también s. 157,1*<sup>25</sup>.

La paciencia con el Señor de quienes lo aman se la sugieren a san Agustín determinados pasajes bíblicos en que un amante del Señor expresa el vivo deseo de llegar a la casa de él y gozar en ella de su compañía. Según el orden cronológico de aparición en los textos agustinianos, señalamos los siguientes: del salmo 26 los versículos 4 (*Una cosa he pedido al Señor, esa buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para contemplar el deleite del Señor y verme protegido como su templo*), 8 (*A ti te ha dicho mi corazón: He buscado tu rostro. Tu rostro buscaré, Señor*), 9 (*No me ocultes tu rostro; no te alejes airado de tu siervo. No me abandones ni me rechaces, Dios, salvación mía*) y 13 (*Tengo fe en que veré los bienes del Señor en la tierra de vivos*) (*en. Ps. 26, en su doble exposición*); del salmo 41, los versículos 1 (*Como el ciervo desea las fuentes de agua, así mi alma te desea ti, Dios mío*); 3 (*Mi alma tiene sed del Dios vivo; ¿cuándo llegaré a ver el rostro de Dios*); 4 (*las lágrimas fueron mi pan día y noche, mientras me repiten todo el día: ¿dónde está tu Dios?*); 5 (*He meditado todo esto y he elevado mi alma sobre mí; ¿cómo marchaba a la tienda, a la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanzas, en el bullicio de la celebración festiva!*); 6 (*¿por qué te entristeces, alma mía; por qué te me turbas? Espera en Dios; aún le alabaré, ¡salvación de mi rostro, Dios mío!*) (*en. Ps. 41,1-11*); Flp 3,13-14 (*Una sola cosa persigo: olvidándome de lo que queda atrás y lanzado hacia lo que está delante, en la intención persigo la palma de la sublime vocación de Dios en Cristo Jesús*) (*s. 170,8-9*). Lc 12,12-14 no expresa ningún deseo, pero promete a los justos una recompensa, obviamente objeto de deseo para un cristiano (*Cuando des un banquete, no invites a los amigos, sino a los pobres; se te recompensará cuando se recompense a los justos*) (*s. 339,6-9*). Cabe añadir también Rom 8,24-25 (*Porque nosotros gemimos en nuestro interior, anhelando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Porque estamos salvados en esperanza, y una esperanza que se ve no es esperanza... Pero, si esperamos lo que no vemos, mediante la paciencia lo esperamos*). Es importante tener en cuenta que todos estos textos en los que el obispo intenta encender en los fieles el amor de Dios y el deseo de alcanzarlo y vivir con él son textos de predicación.

<sup>25</sup> Las fechas aproximadas o supuestas de predicación se indicaron en la nota 4.

Esta específica paciencia con el Señor halla encuadre preferente en la imagen de la vida cristiana como peregrinación que presupone dos etapas: la provisional –la acampada en tiendas– y la definitiva –la morada en la casa de Dios–.

### 1) La casa de Dios

En el salmo 26 el salmista –para san Agustín figura del fiel cristiano– indica que la única cosa que pide al Señor es habitar en su casa todos los días de la propia vida (Sal 26,4). Como el salmo menciona también una tienda plantada en un campamento (Sal 26,5,3), el predicador ofrece una concepción de la vida en tres etapas: fuera de la tienda (el mundo enemigo de Dios), en la tienda (la Iglesia), y en la casa (la morada eterna del Señor) (*en. Ps.* 26). También el vers. 5 del salmo 41 le ofrece la posibilidad de desarrollar la idea de la vida cristiana como medio de acceder desde la tienda a la casa del Señor. La imagen del peregrino lejos de la casa del Señor (2 Cor 5,6) y la imagen militar se solapan (*en. Ps.* 26,2,7). Habitar en la casa del Señor es el deseo último del salmista, al que se reducen todas sus súplicas (*en. Ps.* 26,2,14). Pero desear habitar en la casa del Señor es solo un modo distinto de expresar el objeto real de su deseo: contemplar con gozo la dulzura y la belleza del Señor y sentirse protegido en cuanto templo suyo<sup>26</sup>, pues contemplar –espectáculo inigualable– el deleite que produce el Señor, entregado a su alabanza por toda la eternidad (Sal 83,5), será la actividad que se desarrolle en la casa de Dios, convertida en lugar de fiesta sempiterna. Actividad que ya nada la impedirá (*en. Ps.* 26,2,8), que se llevará a cabo sin temor alguno (*en. Ps.* 26,2,6), con seguridad plena (cf. *en. Ps.* 26,2,14), alcanzada ya la salvación sin vuelta de hoja (*en. Ps.* 26,2,17).

En realidad, la casa interesa sólo en cuanto morada del Señor, el realmente deseado. El predicador no tiene suficientes palabras para ensalzarlo. Nada hay de más valor que él; en consecuencia, como cualquier bien que se pueda esperar siempre será inferior a él, quien lo ama lo ama sin esperar nada a cambio. Es el bien del que dimana todo otro bien; bien por el que son buenas todas las cosas, y al que no se le puede añadir nada que no sea el mismo bien (*en. Ps.* 26,2,8).

<sup>26</sup> La contemplación y la protección son las formas concretas en que se el Señor manifiesta como luz y salvación (Sal 26,1). Lo que significa haber abandonado ya la tienda, en la que la seguridad era relativa, con el peligro siempre al acecho.

Al afirmar que ha buscado y seguirá buscando el rostro del Señor y pedirle que no se lo retire (*en. Ps. 26,2,15*), el salmista recurre al lenguaje de los enamorados, y el predicador comenta que no hay otra forma de expresarlo que se adapte más al Señor. A quien está dominado por la pasión del amor al Señor, ni una eternidad repleta de placeres terrenos le dice algo, porque sin él nada le resulta grato (*en. Ps. 26,2,17*). El temor a confundirlo con otro suscita en el salmista la súplica de que ni se le oculte, ni lo abandone, puesto que él representa su única salvación. Por lo mismo, no considera una osadía que él, siendo mortal, busque al eterno (*en. Ps. 26,1,9*); o, si se considera que es una osadía, no está fundada en méritos propios, sino en el Señor que le ha mostrado su dulzura. La casa del Señor es la tierra de los vivos en que se hallan sus bienes, desconocidos en esta tierra de muertos (*en. Ps. 26,1,13*); bienes dulces, inmortales, incomparables, eternos, inmutables (*en. Ps. 26,2,22*).

Aunque envuelta en otro lenguaje, la imagen de la tienda y de la casa de Dios la utiliza también el salmo 41, lamentación de un judío exiliado que añora el templo del Señor. La imagen se solapa con la del ciervo que corre hacia las fuentes de agua. Aunque el ciervo puede tomarse como figura del catecúmeno que desea vivamente las aguas del bautismo, es también figura del fiel que tiene sed del Dios vivo y anhela ver su rostro o que, cual peregrino sediento, desea llegar a la patria para apagar su sed. El deseo es tan intenso que su pan son lágrimas derramadas día y noche, lágrimas que aumentan su sed abrasadora y su ansia de llegar a la Fuente de agua. Apurado por quienes le preguntan dónde está su Dios, el fiel sediento emprende su búsqueda en un proceso similar al de *Conf. 10,8ss*, encontrando a Dios por encima de sí. Allí tiene Dios su morada, sublime y secreta, y desde allí mira por el hombre en su multiforme Providencia (*en. Ps. 41,8*). Lleno de asombro, llega a la casa de Dios donde entiende todo, porque allí está la Fuente del entender. Se la conoce por cierta dulzura y cierto deleite interior y oculto, pues a ella conduce un dulce sonido de instrumentos musicales, percibido por los sentidos interiores, y el de cánticos de júbilo y alabanza. Allí el estrépito mundano es sustituido por el bullicio de una fiesta eterna, animada por el coro de los ángeles y desbordante de gozo ante la presencia del rostro de Dios (*en. Ps. 41,9*).

Como el salmista, también Pablo persigue una sola cosa. En palabras del Apóstol, la palma de la sublime vocación de Dios en Cristo Jesús (Fil



3,14); en palabras del predicador, la salvación eterna, donde existirá la justicia plena y perfecta en comparación con la cual todo lo transitorio es perjuicio y estéril digno de ser rechazado (s. 170,8). El lenguaje es distinto, propio del obispo inmerso en la polémica con Pelagio sobre la gracia, pero la realidad es, en última instancia, la misma. Aunque sin la imagen de la tienda y de la casa, el santo insiste en que la dulzura y hermosura de Dios son tales que, después de haberlo visto a él, ya nada puede deleitar, pues produce una saciedad insaciable, carente de hastío. Lo que en el ámbito puramente humano es inconciliable halla conciliación en él: quienes le beben vuelven a tener sed y hambre quienes le comen (Eclo 24,29) y, a la vez, quien beba del agua que él da, jamás volverá a tener sed (Jn 4,13) (s. 170,9).

En este contexto, san Agustín no solo piensa en el Señor sino también en los bienes que otorga con generosidad. La magnitud y cantidad de los que ofrece a los malos es solo un indicador de la excelencia y número de los que ofrecerá a los buenos. Mencionarlos es inviable, porque ni pensarlos es posible antes de recibirlos. Son de tal naturaleza que resultan desconocidos a la vista y al oído y hasta al «corazón» del hombre (1 Cor 2,9); tan preciosos que en la tierra nada se hallará que los iguale y tan grandes que en ningún recipiente que pueda ofrecer el hombre pueden tener cabida (s. 339,6-7).

Si tal es la vida en la casa del Señor, si tal es el dueño que allí mora, si tales dones ofrece a los que acoge en ella, se entiende que todos los deseos del salmista –y consiguientemente del fiel cristiano– se reduzcan a uno solo: habitar en la casa del Señor; se entiende asimismo que el salmista suplique no ser excluido de ella, que arda en deseos de habitarla; se entiende igualmente que ese deseo sea fuego que tortura sus entrañas (en. Ps. 26,1,14), y se entiende, por último, que la vida en la tienda se le haga insoportable y la espera interminable.

## 2) La vida en la tienda

La tienda es lugar de morada antes de llegar a casa. Puede concebirse como tienda militar en el campamento de esta vida o como tienda de un peregrino que se dirige a la patria. En ambos casos se trata de morada transitoria que el fiel desea abandonar cuanto antes; en el primer caso, por el contexto de lucha en que se encuentra; en el segundo, por lo que

tiene delante: la patria a la que llegar. La misma existencia de la tienda muestra el interés del Señor por el hombre, a la vez que se manifiesta como antesala desde la que este puede vislumbrar su casa.

La tienda es el plan salvífico de la Palabra hecha carne (Jn 1,14), aceptado en la fe del corazón (*en. Ps. 26,1,5*); concretando más, es la Iglesia terrena, que existe gracias a la encarnación del Hijo de Dios y en la que se vive de la fe. En ella es gozosamente acogido y escondido el fiel; en ella se afianza sobre la Roca tras ser abandonado por su padre y madre –el diablo y Babilonia– (*en. Ps. 26,2,18; 26,1,10*); en ella encuentra protección «en el día de la desdicha» (*en. Ps. 26,1,5; 26,2,10*). No obstante, desde que entra en ella hasta que sale de ella, nunca le faltan enemigos a los que hacer frente (*en. Ps. 26,1,12*); por ello persiste el temor que solo desaparecerá cuando llegue a la casa de Dios (*en. Ps. 26,2,6*). De ahí la necesidad de un permanente auxilio divino (*en. Ps. 26,2,17*).

En la exposición del salmo 41 el santo habla más detenidamente de la vida en la tienda –ahora «tienda admirable»–, que es la Iglesia aún peregrina, pero desde una perspectiva más positiva. De hecho, aunque sin silenciarlos, el énfasis no recae tanto en los peligros que la rodean cuanto en su condición de etapa que conduce a la casa de Dios, de quien es morada en la tierra. En la tienda el fiel descubre cosas que, de momento, le llenan de admiración, pero que, cuando, atraído por cierta dulzura y deleite interior, dé el paso hacia la casa del Señor, le producirán asombro. Al que mora en ella y medita las maravillas hechas por Dios para la salvación de los fieles, le acaricia el oído la música que produce la felicidad en la casa de Dios, música que arrebató al ciervo hacia las fuentes de agua (*en. Ps. 41,10*). La realidad, sin embargo, es que, aun llegando a percibir algo de la casa de Dios, se halla en el destierro, en el cuerpo que lastra el alma que vive lejos del Señor y oprime la mente que piensa en muchas cosas (Sab 9,15). El motivo de gozo convive con lamentos, pues el tiempo de la vida en la tienda está llena de riesgos, fatigas, dificultades. La imagen que usa el santo es la de un huir jadeante, con la lengua fuera, acosado por multitud de perseguidores (*en. Ps. 26,2,22*). Gimiendo aún en esta tierra al llevar consigo la carne frágil, alimentándose de lágrimas, el deseo le arrebató hacia la dulzura de Dios que percibe en su interior –las fuentes de agua–. El haber disfrutado, durante su morada en la tienda, de cierta dulzura interior y el haber vislumbrado con la mirada de su mente algo inmutable, le produce

tristeza y turbación por tratarse solo de experiencias fugaces. ¿Cómo no va a sentirse turbado hallándose aún en la tienda, lejos de la casa de Dios que ha divisado desde la tienda misma? (*en. Ps. 41,10*). Esa tristeza y turbación a las que no encuentra otro remedio que esperar en el Señor, avivan aún más el deseo de él.

En Flp 3,13-14 falta la imagen de la tienda y de la casa, pero aparecen claras las dos etapas. Pablo afirma perseguir una sola cosa y tender hacia ella, olvidado de todo lo que deja detrás. Eso implica que ha de postergar los bienes presentes ante el intenso deseo de los futuros, y vivir de fe y esperanza, admitiendo que aún no ha alcanzado lo que espera. Vive, sí, de la caridad, pero la caridad del peregrino, incomparable con la de los que ya gozan de la visión de Dios en la patria. Como nadie aún en vida puede ver el rostro de Dios (Ex 33,20), nadie puede alcanzar en el destierro la justicia que capacita para verlo. Si en esta vida no cabe esperar ver el rostro de Dios, no cabe más que esperar verlo en la otra, donde contemplarlo significa vivir para siempre (*s. 179,8-9*).

El tiempo de la tienda o de la peregrinación se vive en la fe, que tiene la función de adaptar el recipiente –el alma del fiel– a la grandeza, imposible de imaginar, del don divino que espera recibir. Por eso mismo, es también tiempo de la larga espera hasta el momento en que el recipiente sea llenado por Dios y de Dios (*s. 339,6-7*).

La vida en la tienda no admite comparación ni con la vida anterior a la entrada en ella, ni con la posterior a la salida de ella. En ella se vive de la memoria tanto del pasado como del futuro; del pasado –previa al ingreso en la tienda– como etapa ya superada, aunque no del todo; del futuro como etapa por venir, aunque tampoco del todo. El pasado sigue presente porque la seguridad no es plena y porque el temor no ha desaparecido enteramente; el futuro es también realidad en cierto modo presente porque creído, porque intuido a partir de lo percibido aquí, y porque ya en cierta manera vislumbrado. E intensamente esperado porque intensamente amado.

### **3) Impaciencia en la tienda**

Sea el temor, sea el amor provocan incomodidad en la vida de la tienda; tanto uno como otro generan impaciencia, término que san Agustín no utiliza en este contexto. Quien espera intensamente algo

soporta con dificultad que tarde en llegar. De ahí la incomodidad que tensiona la vida en ella. La esperanza de ver los bienes del Señor en la tierra de los vivos indica, más que deseo, ansia por salir de esta tierra de muertos (*en. Ps. 26,1,13*). Ansia que es fuego que quema en las entrañas y arde en el corazón (*en. Ps. 26,1,14*), fuego que solo se apaga si se apaga el ansia que, a su vez, solo se apaga si se satisface. Cuanto más tiempo tarde en actuar el bombero que la apague, más se acrecienta la impaciencia. *Tengo fe en que veré los bienes del Señor en la tierra de los vivos* (Sal 26,13) es un suspiro lanzado entre el gozo y los gemidos: «Bienes del Señor, bienes dulces, inmortales, incomparables, eternos, inmutables ¿cuándo os veré?». La impaciencia del amante no la elimina la certeza de que, de la tierra de los que mueren, le sacará el Señor que, por amor a él, se dignó acoger la tierra de los que mueren y morir a manos de los que mueren; tampoco el hecho de esperarlo todo de la misericordia de Dios la aminora; al contrario, la certeza respecto del hecho, acompañada de la duda sobre el cuándo, acrecientan el ansia y aumentan la impaciencia. El amante se pregunta cuánto tiempo tiene que esperar para que llegue el momento deseado, puesto que al amante la espera se le hace eterna (*en. Ps. 26,1,14*).

Después de vislumbrar desde la tienda la belleza de la celebración festiva en la casa de Dios, el amante ve acrecentarse su sed de Dios. Es la sed del caminante que sabe que quedará saciado cuando llegue a la meta. El ansia de alcanzarla y encontrarse en presencia de Dios le lleva también a formular la pregunta: ¿Cuándo llegaré a ver el rostro de Dios? El problema es que el reloj de Dios y el del hombre no van sincronizados, pues lo que para Dios es más que rápido, para el deseo del hombre es demasiado lento (*en. Ps. 41,5*). El amante de Dios se siente olvidado por él, sensación que es fuente de su sufrimiento. Sabe que Dios lo pone a prueba y que, aunque le dé largas, no le quita lo prometido, pero sigue sintiéndose olvidado como Cristo en la cruz (Mt 27,46; Sal 21,2) y sigue preguntándose cuándo le llegará lo que espera (*en. Ps. 41,17*). Aún no se halla donde se encuentra lo que lo arrebató de forma pasajera, aún no bebe en la fuente en que ya no habrá temor alguno. ¿Cómo no estar impaciente estando aún en el mundo y lejos de la casa de Dios? Entonces revive experiencias anteriores, sabiendo que no está enteramente salvado; pues, aunque posee las primicias del espíritu, el amante gime en su interior esperando la adopción, la

redención de su cuerpo, la salvación plena que obtendrá cuando more definitivamente en la casa de Dios alabándolo eternamente (Sal 83,5). Al reconocer que Dios representa su propia salvación (*en. Ps. 41,11*), su tardanza en manifestársele acaba en impaciencia.

#### 4) Invitación a la paciencia

Ante la situación de incómoda impaciencia descrita, nada más lógico que la pregunta que se hace el amante de Dios y de sus bienes. La respuesta le llega en la exhortación del salmista: *Ten paciencia con tu Señor; actúa varonilmente; que tu corazón se haga fuerte. Ten paciencia con tu Señor* (Sal 26,14). Quien se la hace llegar es el Señor mismo que mora por encima de él –«desde lo alto» (*en. Ps. 26,2,23*)– y dentro de él –«en su interior» (*en. Ps. 41,11*)–, en línea con la concepción de san Agustín según la cual Dios está a la vez por encima de lo más elevado y más dentro de lo más interior que posee el hombre (*conf. 3,11*).

Más que una exhortación son, en realidad, tres. En cuanto a importancia, su centro lo constituye la primera: *Ten paciencia con tu Señor*. Esa importancia está indicada literariamente por la figura de la inclusión, pues la exhortación abre y cierra el versículo del salmo. De hecho, el santo cita Sal 26,14 como ejemplo de que, a menudo, en la Escritura la repetición sirve para consolidar una idea (*en. Ps. 74,3*). En medio quedan las otras dos exhortaciones que indican una exigencia –comportarse varonilmente– y una condición –tener un corazón fuerte–. Tener paciencia con el Señor exige un actuar vigoroso que reclama un corazón fuerte. Sin él será difícil que el amante pueda resistir el sufrimiento que supone la espera, cuya duración desconoce.

Para quien le ama «tener paciencia con el Señor» comporta en la práctica aguantar pacientemente que llegue a término la propia condición de peregrino, esto es, esperar hasta que el Señor le quiera llamar a habitar con él y concederle ver su rostro, contemplar su belleza y participar de sus bienes. Siempre desde una doble seguridad: de que todo eso llegará y de que el momento lo decidirá el Señor (s. 339,6-7). Implica aceptar recibirlo cuando él decida darlo, sin pretender coaccionarlo de ninguna manera. Significa acceder a que él se tome el tiempo que considere oportuno. Presupone asumir que también en Dios cada cosa tiene su momento (s. 339,7).

San Agustín ve en la exhortación la demostración de que el Señor ha escuchado los sollozos y suspiros de su amante y, sobre todo, de que ha acogido gustoso su única petición. En efecto, oír *Ten paciencia con tu Señor*, es como oír «Lo que pedías te ha sido concedido, pero no tengas prisa en recibirlo». De ahí que el santo entienda la exhortación como un consuelo –«se te ha concedido»– (*en. Ps. 26,2,23*; s. 157,1) y como una prueba –«no tengas prisa»– (*en. Ps. 26,2,23*). Un consuelo que relaja al amante en la situación de ansiedad en que se encuentra; una prueba de si verdaderamente confía en el Señor. Sin la seguridad de que él cumplirá su palabra, no hay espacio para la paciencia. ¿Para qué perseverar esperando angustiado que pase el tiempo, si se asume que al final no habrá nada?

Como ya indicamos, en varios textos agustinianos Rom 8,24-25 aparece asociado a la exhortación de Sal 26,14. No cabe pensar en algo fortuito, pues el santo ve en la exhortación del salmista la clave de interpretación del pasaje paulino. El Apóstol sostiene que el fiel está salvado en esperanza, pero que la esperanza que se ve no es tal, por lo que aguardar lo que no se ve no es otra cosa que aguardarlo mediante la paciencia o –lo que es lo mismo– perseverar hasta que llegue la salvación (Rom 8,24-25). La paciencia, pues, aparece como forma de la esperanza, revestida antes de perseverancia, que el santo transforma en paciencia con el Señor. De hecho, la exhortación a tener paciencia con el Señor la deriva de la exhortación de Jesús a perseverar hasta el final (Mt 10,22; 24,13) (*en. Ps. 41,11*; *Exp. Gal. 61*). «Tener paciencia con el Señor» y perseverar hasta el final se equivalen.

### **5) Razones para tener paciencia con el Señor**

En cuanto palabra del Señor, la exhortación del salmista no admite réplica. Pero eso no significa que san Agustín no sienta la necesidad de motivarla, aunque sin un argumentario fijo. Las razones que aduce están dictadas en buena medida por las circunstancias. Son varias, aunque con el objetivo único de ayudar a sus oyentes o lectores a aceptarla, evitando así que puedan acabar en la desesperación (*en. Ps. 26,1,14*; *26,2,23*).

Una primera razón puede parecer paradójica, al fundamentar la exhortación tanto en la ausencia como en la presencia del Señor. En el caso concreto «tener paciencia con él Señor» implica su ausencia

–por eso se espera su llegada– y, a la vez, es una forma de tenerlo (*en. Ps. 26,2,23*). En efecto, nadie tiene paciencia con alguien con el que no tiene ninguna relación en un momento dado. En la medida en que la paciencia es una forma de esperanza, en esa misma medida es una forma de posesión, porque eso es la esperanza (*Rom 8,23-25*). No cabe tener paciencia con alguien al que se ama sin gozar ya, de alguna manera, de su amor. La paciencia se sustenta en la convicción de que el gozo provisionalmente pequeño alcanzará la dimensión esperada.

Un segundo argumento se fija en el autor de la exhortación, el Señor mismo. Al respecto, el santo pone de relieve que su palabra no es engañosa, que él ni puede engañar ni ser engañado (*en. Ps. 26,1,14*). Si la razón para rehusar la paciencia es la duda sobre si cumplirá su promesa, no es alguien que no tenga nada que ofrecer; al contrario, quien ha hecho la promesa cuyo cumplimiento se espera con impaciencia es el todopoderoso, el indefectible, el veraz (*en. Ps. 26,2,23*). Nadie, pues, ha de perder la esperanza de que al final recibirá lo que tiene prometido y de que se le hará justicia.

Otro argumento tiene que ver con el tiempo de espera y, consiguientemente, el tiempo de ejercicio de la paciencia. Al respecto, el santo señala, en primer lugar, que tardar en cumplir una promesa no equivale a anularla (*en. Ps. 26,1,14; 41,17*); en segundo lugar, que, por largo que parezca el tiempo de espera, no lo es tanto. Utilizando parámetros de historia de la humanidad, el santo argumenta que el espacio temporal aún sin transcurrir es menor que el ya transcurrido; que son más los siglos ya pasados desde Adán que los que faltan hasta el fin del mundo (*s. 170,9*). Por otra parte, advierte al impaciente que nada hay mejor, más grande o más agradable que pueda representar una alternativa aceptable a la promesa por cuyo no cumplimiento inmediato sufre. Vale la pena, pues, tener paciencia, aunque la espera se haga larga (*en. Ps. 26,2,23*). La calidad de lo esperado justifica con creces la cantidad de tiempo de espera.

En el s. 339 el predicador abre una vía nueva para convencer a sus fieles de la necesidad de tener paciencia con el Señor. Consiste en asignar una función positiva al tiempo de la paciente espera. Dada la magnitud del don prometido y esperado, el hombre –por su fragilidad y pequeñez– no es recipiente adecuado para acogerlo. Dios quiere donarse entero, pero necesita poder hacerlo. Como es la fe la que convierte al hombre en

recipiente resistente y capaz de Dios, el tiempo de paciencia con el Señor ofrece esa posibilidad. Por tanto, si el amante de Dios quiere recibirlo en su plenitud ha de aceptar ese tiempo de paciencia con el Señor, vivido en la fe y en la esperanza. De esa manera, en el momento que al Señor le agrade, el amante podrá decir: *Llenaste de alegría mi corazón* (Sal 4,7), porque se sentirá lleno del Señor que, de momento, retrasa entregársele. En este sentido la esperanza y el amor tienen intereses contrapuestos, pero a la vez complementarios. Son contrapuestos porque el amor está impaciente por gozar de la compañía del ser amado, mientras que la esperanza posterga ese momento, pensando en un gozo más pleno; son complementarios porque la esperanza hace más pleno el gozo posibilitando un encuentro también más pleno (s. 339,6-7)<sup>27</sup>.

En el último argumento, cronológicamente hablando, el santo no hace sino poner a la consideración del fiel impaciente el previo comportamiento de Dios con él. En efecto, parece lógico que el amante del Señor tenga paciencia con quien la tuvo con él, uno más del infinito número de los beneficiados de la paciencia del Señor. Si ya se ha convertido y hasta se ha enamorado de Señor, optando por una vida de santidad, lo ha podido hacer porque Dios tuvo antes paciencia con él, regalándole tiempo para que cambiara de vida<sup>28</sup>. La paciencia de Dios con el fiel justifica la paciencia del fiel con Dios. Pero eso fue solo el comienzo de una obra que ha de llevar a término el mismo que la inició. Por tanto, ha de tener paciencia con él, aunque solo sea con ese objetivo. Rehusar esa paciencia y no aceptar que él se tome tiempo para completar su obra, indica falta de esperanza o malentenderla (s.339,7).

## **B) LA PACIENCIA DEL SUFRIDO**

Son varios los textos agustinianos en los que la paciencia con el Señor aparece asociada a la idea de la casa. Pero no siempre de la misma

---

<sup>27</sup> Es la versión, adaptada el caso, de la explicación que suele dar el santo de por qué el Señor no concede de inmediato lo que se le pide: el don divino es tan grande que el fiel no dispone de capacidad para recibirlo: tiene, pues, que aumentarla. Ahora bien, su capacidad será tanto mayor cuanto más fielmente crea, más firmemente espere y más ardentemente lo desee (*ep.* 130,17; cf. también *qu. eu.* 2,21; *qu. Mt.* 11,4; *ep.* 149,25; *Io. eu. tr.* 34,7; *ep. Io. tr.* 4,6; *en. Ps.* 145,4; s. 142,8; s. 374 aum [Dolbeau 23],1, etc.

<sup>28</sup> Esta función de la paciencia de Dios la pone de relieve el santo al comienzo mismo de su obra sobre esta virtud (*pat.* 1).



manera. En algunos ya tomados en consideración, san Agustín contrapone tienda y casa; en otros, casa en construcción y casa ya rematada y dedicada. Se corresponden, pues, tienda y casa en construcción, y casa y casa ya dedicada. Lo que subyace en ambos casos es una concepción de la vida cristiana en dos etapas: una provisional y otra definitiva, diversamente denominadas. La primera etapa se equipara sea a una tienda levantada, pero –precisamente por ser tienda– provisional, sea a una casa aún en construcción; la segunda etapa se equipara a una casa, ya sea que exista desde siempre, ya sea que espere remate y dedicación. En la contraposición tienda–casa, san Agustín identifica la tienda con la Iglesia extendida por todo el orbe de la tierra (*en. Ps. 26,2,13*), obviamente Iglesia peregrina, por su condición provisoria, y la casa con la morada de Dios, anterior al tiempo; en cambio, la contraposición entre casa en construcción y casa ya rematada y dedicada contempla las dos etapas de la Iglesia, una en el tiempo y otra ya fuera del tiempo, pero posterior a él. A ambas perspectivas va asociada la paciencia con el Señor, pero el trasfondo espiritual no es idéntico. La representación fundada en la imagen de la tienda y de la casa la enmarca el santo a la vez en un contexto de amor –la paciencia con el Señor del amante– y de opresión –la paciencia con el Señor del sufrido–; en cambio, el contexto de la representación fundada en las etapas de la edificación se enmarca solo en un contexto de opresión –la paciencia con el Señor del sufrido–. Procede recordar aquí que en Sal 26,1 el salmista presenta a Dios como su luz y su salvación, aspectos sobrentendidos respectivamente en el doble motivo por el que desea habitar en la casa del Señor todos los días de su vida: contemplar el deleite del Señor y ser protegido en cuanto templo suyo (Sal 26,4). El primer aspecto se corresponde con el examinado hasta aquí; el segundo, con el que pasamos a considerar ahora.

La paciencia con el Señor del sufrido tiene una génesis similar a la paciencia con el Señor del amante. Una vida envuelta en dificultades de distinto tipo y la sensación de sentirse desprotegido aviva en el salmista el deseo de alcanzar el estado de plena felicidad, originando a la vez un estado anímico de impaciencia, que explica la exhortación a la paciencia. Como en la raíz de la impaciencia está el futuro más tranquilo y seguro que se espera, cuyo logro expresa la imagen de la casa dedicada, comenzamos por ella.

### 1) La casa ya dedicada

Por paralelismo con el apartado anterior mantenemos este epígrafe que responde a la realidad, pero no la abarca entera. De hecho, el santo recurre también a la imagen de la tierra estable y al criterio de la belleza.

Como la paciencia del amante guarda relación con su deseo de habitar en la casa de Dios (Sal 26,14), la paciencia del sufrido guarda idéntica relación con su deseo de verse seguro en la casa rematada y dedicada. Anhela el momento de su dedicación, en el que se manifestará la gloria del pueblo fiel. Los justos saltarán entonces de gozo ante la presencia del Señor que llegará para dar a cada uno su paga: la condena a los malvados, y el reino y la compañía de Cristo a los justos. La casa dedicada ofrecerá seguridad frente a cualquier adversidad causada por los enemigos, exteriores e interiores del fiel cristiano. Entonces cuadrarán al pueblo de Dios las palabras del salmista: *Te ensalzaré, Señor, porque me has acogido y no has permitido que mis enemigos se alegren a mi costa* (Sal 29,1) (*en. Ps. 29,2,8*).

Si Sal 29,1 lleva al santo a utilizar la imagen de la casa ya dedicada, Sal 1,4 le sirve la imagen de la tierra, símbolo de la estabilidad en Dios, a su vez herencia deslumbrante (Sal 15,5-6) que recibirán los mansos (Mt 5,4). De ella están excluidos los impíos, a causa de su soberbia (Sal 1,4; Is 14,13 LXX), de la que huye (Sal 32,15) el embriagado de la abundancia de la casa de Dios, tras beber del torrente de sus delicias (Sal 35,9). Tierra que pertenece al hombre interior, que nada tiene que ver con quien, siendo polvo y ceniza, se ensoberbece, habiendo arrojado fuera sus intimidades (Eclo 10,9-10) (*en. Ps. 1,4*). Es la tierra de los vivos en que la esperanza es el Señor; fijar la mirada en ella es fijarla en lo que aún no se ve, en lo eterno (2 Cor 4,18) (*s. 157,1*).

Al hablar de criterio de la belleza, nos referimos a la belleza de Dios y del hombre, Relacionadas entre sí. En efecto, en esta etapa se manifestará en su plenitud la belleza de las almas, ahora solo realidad futura, y estará vinculada a la manifestación de Cristo, el inefablemente hermoso en el que ahora el fiel cree sin verle (1 Jn 3,2) (*ep. 64,1*).

### 2. La casa en construcción

La seguridad de la casa ya dedicada –la Iglesia celeste– se valora tanto más cuanto mayor es la inseguridad que se experimenta

durante su construcción –la Iglesia peregrina– en medio de angustias y tribulaciones de todo tipo. No hay que pensar solo en penalidades sufridas en el cuerpo, sino también en las padecidas en el alma, incluida su dificultad para someter el cuerpo. Son penalidades que no siente quien, al no hacer progresos en la vida de fe, piensa que hay paz. Como dice el Señor en el evangelio, solo se advierte la presencia de la cizaña cuando el trigo, ya crecido, comienza a mostrar el fruto (Mt 13,26). Nada ni nadie puede cambiar la palabra verídica del Apóstol: *Los que quieran vivir piadosamente sufrirán persecuciones* (2 Tim 3,12) (*en. Ps. 29,2,8*). La realidad es que la vida en esta tierra es una prueba permanente (Job 7,1). Los pecadores siguen desenvainando la espada y tensando el arco para abatir al desvalido y despojar al pobre (Sal 36,3). Los malos se muestran poderosos, tienen éxito inmediato, y se les obedece al instante (Sal 36,17) (*en. Ps. 36,2,4*).

Lo que el mundo promete lo promete para aquí –reino de la muerte–, mientras que lo que promete Dios lo promete para el más allá –la tierra de los vivientes–. Los malvados gozan del beneficio de la inmediatez; llenos de jactancia, exhiben los propios placeres temporales, a la vez que se burlan de cualquier esperanza en promesas futuras y de la fe en lo que no se ve, provocando que decaiga la esperanza y se debilite la paciencia (1 Cor 15,33-34). De hecho, muchos que los sufren se cansan de esperar a quien les hace una promesa verídica y, sin reparo alguno, otorgan su amor al mundo que les engaña, siguiendo caminos tortuosos, tras haber perdido la paciencia (Eclo 2,16), virtud que solo puede conservar perpetuamente quien es humilde y manso (*s. 157,1-2*).

La dura convivencia con los cismáticos donatistas, lleva al santo a reflexionar sobre las parábolas en que el Señor manifiesta cómo la paja y el grano se encuentran en la misma era y cómo en sus redes se hallan juntos peces grandes y pequeños. Su objetivo era enseñar a los buenos a soportar a los malos con quienes tienen que convivir, antes que romper los lazos de caridad con los buenos, haciéndoles ver que la mezcla no es eterna ni espiritual, y que los ángeles no se equivocarán a la hora de separar (Mt 13,49-50), porque el Señor conoce a los suyos (2 Tim 2,19). Al mismo tiempo los invitaba a mantener una permanente separación de vida, de costumbres, de corazón y voluntad, esperando con fe (*fidenter*), con paciencia (*patienter*) y con fortaleza (*fortiter*) la separación, incluso física, que tendrá lugar al fin del mundo (*c. litt. Pet. 3,4*).

La misma realidad la expresa la Escritura con la imagen de la siembra, utilizada por san Pablo, al indicar que se siembra un cuerpo animal y resucita un cuerpo espiritual (1 Cor 15,44), o el salmista al hablar del sembrador que siembra entre lágrimas y cosecha entre alegría (Sal 125,5). Pero el santo advierte que es fácil obrar el bien y difícil perseverar en él, y que el fruto suele ser el consuelo a la fatiga, pero sabiendo que la cosecha se promete para el final de los tiempos, por lo que se requiere perseverancia, condición para obtener la salvación (*exp. Gal.* 61).

Mientras se construye la casa no solo hay enemigos exteriores, pues hasta el mismo que debe levantarla puede convertirse en tal. Así sucede cuando cree que su alma ha alcanzado ya la perfecta hermosura, siendo muy distinta la realidad, por lo que no le queda sino gozarse en la esperanza, padecer tribulaciones y armarse de perseverancia y de paciencia, en obediencia al Apóstol (cf. Rom 8,24-25) (*ep.* 64,1).

### **3) La impaciencia**

La construcción de una casa la impulsa la esperanza gozosa de poder morar en ella en seguridad y en paz interior y exterior. Pero en los textos examinados san Agustín ha dejado de lado esa perspectiva gozosa, y se ha centrado exclusivamente en mostrar la pesadumbre de las dificultades que comporta. Es una visión parcial de la realidad, pero no falsa; en todo caso funge como contexto adecuado a la cita de Sal 26,14, es decir, como prólogo que justifica la exhortación a tener paciencia con el Señor. Si el amante de Dios se pregunta cuánto tiempo tiene que esperar hasta que llegue el momento deseado, la misma pregunta se hace quien sufre los asaltos del mal, porque tal lucha resulta ardua para un mortal (*en. Ps.* 26,1,14).

### **4) Exhortación a tener paciencia con el Señor**

En la sección anterior vimos que, tras la exhortación a tener paciencia con el Señor, se halla un deseo amoroso de él tan intenso que hace insoportable el tiempo de espera hasta el encuentro con él. En el presente, tras la misma exhortación, se halla el sufrimiento que acompaña la construcción de la casa, que también hace insoportable la interminable fatiga hasta que llegue el momento de su dedicación.

Aunque en ambos casos topamos con el sufrimiento, su causa es distinta: en el primero lo causa el abrasamiento producido por el fuego del amor a Dios, y en el segundo, el entumecimiento producido por el frío del desamor de los enemigos. Frío experimentado mientras se construye a la intemperie la casa de la morada definitiva. Llama la atención que, ante el cúmulo de males mencionados, en los textos que venimos examinando el santo nunca invita a pedir al Señor que libre de ellos (Mt 6,13), sino a tener paciencia con Él. Ciertamente Mt 6,13 (*Libranos del mal*) es citado en *en. Ps.* 26,2,10 pero solo como prueba de que existe el mal, sin invitar a pedir esa liberación. La única salida que ofrece es la ofrecida por el salmista: tener paciencia con el Señor (Sal 26,14).

Solo que en este con texto surge la pregunta: si el sufrimiento lo causan cualesquiera enemigos, siempre malvados, ¿a qué viene la exhortación a tener paciencia con el Señor? ¿No sería lo correcto recomendar tener paciencia con ellos? San Agustín advirtió la objeción. Si se la hubieran formulado a él, se habría descargado de toda responsabilidad, señalando que no es idea suya, y la habría cargado sobre la Escritura, pues es ella la que recomienda esa paciencia. Solo que, al aceptarla y respetarla plenamente en cuanto palabra Dios, él nunca osaría plantear la cuestión como objeción a ella ni optaría por asumir que contiene un error. En este y otros casos similares, su opción consiste en buscar una explicación que resuelva la objeción manteniendo la verdad del texto sagrado. Si a veces lo hace rebuscando dentro de los escondrijos de la alegoría, no es el caso presente.

San Agustín, pues, considera plenamente justificada la exhortación a tener paciencia con el Señor<sup>29</sup>, no porque él sea autor de mal o de sufrimiento algunos, sino porque los permite. No dejará de sorprender esta afirmación suya: «No hay que achacar a los enemigos todo lo que hayamos sufrido de parte de ellos, y no a Dios nuestro Señor» (*en. Ps.* 29,2,6)<sup>30</sup>. La razón es que, aunque Dios no les da la

<sup>29</sup> Ya señalamos que solo dos veces (s. 157,1; 351,4) señala nominalmente a Dios como aquel con quien hay que tener paciencia.

<sup>30</sup> El texto latino es el siguiente: *Non enim quidquid passi ab inimicis fuerimus, inimicis deputandum est, et non Domino Deo nostro*. La traducción de la BAC (OCSA 19, BAC 235, Madrid 2015<sup>2</sup>, p. 344): «Porque no hay que achacar a los enemigos *todo cuanto* ellos nos han hecho sufrir y *nada* al Señor nuestro Dios» –la cursiva es nuestra– no nos parece correcta porque deja la impresión de que Agustín quiere que se atribuya una parte a los enemigos y otra a Dios; lo que el santo quiere decir es que los enemigos y Dios son enteramente «corresponsables», aunque por distinto motivo.

voluntad de dañar, la capacidad de poder hacerlo se la otorga la divina Providencia según una disposición oculta para el hombre. Como prueba aduce, primero, la réplica de Jesús a Pilatos –que alardeaba de su autoridad– de que no tendría poder alguno sobre él si no le hubiera sido dado a lo alto (Jn 19,10-11) y, luego, la doble respuesta de Job a las palabras insensatas de su mujer, haciéndole saber que todo había ocurrido conforme al agrado de Dios y que, si habían recibido de él los bienes, lo lógico era ser pacientes (*sustinere*) ante los males (Job 1,21; 2,10) (*en. Ps.* 29,2,6-7; cf. también *en. Ps.* 26,2,5, citando Lc 22,31). Mas, pensando en quienes aún pudieran considerar que tal concesión repercute negativamente sobre la imagen de Dios, matiza e indica el objetivo: aunque Dios permite a los malos causar daño, lo que él pretende no es dañar sino castigar –permitió a los filisteos oprimir a los israelitas infieles a él (Jue 10,7)–, probar –permitió al diablo actuar contra Job para poner a prueba su fidelidad (Job 1,12)– y premiar –permitió a los perseguidores atormentar a los mártires para luego coronarlos–. (*en. Ps.* 29,2,6). En definitiva, el daño que el malvado causa al justo se debe conjuntamente a la voluntad perversa del malvado que busca el mal para el justo y a la voluntad buena de Dios que busca su bien (del justo), pensando en el cual otorga al malvado el poder dañar. El malvado podrá encarnizarse, pero no herir al justo y, si Dios quiere que sea herido, sabe cómo acoger al que le pertenece. En este contexto, no desaprovecha la oportunidad de citar Heb 12,6, para recordar que Dios azota al hijo al que ama (*en. Ps.* 36,2,4), que le venía como anillo al dedo<sup>31</sup>.

Asociar una situación de sufrimiento con Sal 26,14 es patente en las páginas del santo, pero no siempre lo hace de misma manera. En

<sup>31</sup> San Agustín cita el pasaje de la *Carta a los Hebreos* con frecuencia, pero solo una vez –*en. Ps.* 36,2,4– en los textos que estamos considerando. Pero la idea de la paciencia con Dios se percibe claramente bajo la exhortación al fiel a no indignarse con Dios cuando lo corrige o lo flagela (s. 114A [Frangipane 9],5). En los demás textos sin embargo, se percibe otro tono general más estimulante, pues precisamente en esa circunstancia invita al fiel a sentir gozo (*en. Ps.* 97,13; s. 113A [Denis 24],4), a alabar a Dios (s. 15A [Denis 21],3), a darle gracias (s. 113A [Denis 24],4), a considerar qué clase de hijo es (s. 15A [Denis 21],3), a no rechazar el flagelo (s. 15A [Denis 21],3), a pensar que no es signo de rechazo, sino de confianza de ser aceptado (s. 157,3), a considerar la herencia que le reserva (s. 157,3; 285,6), a emigrar al cielo donde no existirá (*Io. eu. tr.* 8,11), a mirar a Jesucristo que también fue flagelado (s. 46,11; 114A [Frangipane],5), etc. Las razones en las que el santo sustenta la invitación son también varias: Dios no es injusto (s. 29A [Denis 9],1), actúa como un padre con su hijo (*en. Ps.* 93,17); busca enmendarlo o ponerlo a prueba (s. 113A [Denis 24],4), llevarlo a la perfección (*en. Ps.* 56,8), además de equipararlo a Jesucristo (*Io. eu. tr.* 8,11). En todo caso, cuando el santo apoya en Heb 12,6 la afirmación de que Jesucristo dio solidez (*confirmavit*) a nuestra paciencia (s. 157,3), cabe entender que piensa en la paciencia con Dios.

unos textos recurre a la simple yuxtaposición con pasajes bíblicos (1 Cor 15,44; Sal 125,5) que contemplan la dificultad de perseverar en el bien (*exp. Gal.* 61), o con el deseo de que no decaiga la paciencia (*ep.* 64,1). En otros, manifiesta que hay una lógica en esa asociación. Es el caso cuando, después de invitar a esperar con fe, paciencia y fortaleza que llegue la separación física de buenos y malos al final de los tiempos, añade: «en atención a esta espera se exhortó a tener paciencia con el Señor...» (*c. litt. Pet.* 3,4). O cuando, después de indicar que quien quiera vivir piadosamente sufrirá persecuciones (2 Tim 3,12), añade: ¿a qué si no responden [*et unde sunt*] las palabras *Ten paciencia con tu Señor...?* (*en. Ps.* 29,2,8). O cuando, después de indicar que el Señor da fortaleza a los justos (*confirmat*) pregunta cómo, y responde aduciendo la exhortación de Sal 26,14 (*en. Ps.* 36,2,4). O, por último, cuando, después de una referencia a Rom 8,25, añade que justamente se nos exhorta en el salmo a tener paciencia en el Señor (*s.* 157,1).

«Tener paciencia con el Señor» en este contexto significa aceptar que él use todo el tiempo que quiera al servicio de sus planes; que use su señorío de la historia para llevar adelante su plan y no en bien suyo, sino del hombre. Ya dijimos que san Agustín entiende la exhortación a tener paciencia con el Señor como palabras de consuelo (*en. Ps.* 26,2,23; *s.* 157,1). Lejos de verla como una penalidad añadida por la que hay que pasar, la concibe como actitud interior que aminora el *pati* (sufrimiento) que produce la calamidad que la exige. «Tener paciencia con el Señor» no es un nuevo peso que se impone sino un reconstituyente que hace fuertes a quienes lo aceptan. La exhortación es recurso que él utiliza para hacer fuertes a los justos (Sal 36,17) que sufren la opresión de malvados poderosos, asumiendo que, como el tiempo tiene sus límites, también lo tiene cuanto en él acontece, incluidas fatigas y tribulaciones, pero que la alegría será eterna (*en. Ps.* 36,2,4). Al aducir la exhortación después de presentar a Dios como la esperanza del fiel y su porción en la tierra de los vivos (Sal 141,6), el santo hace saber que no se tiene paciencia con un cualquiera, sino con quien se reconoce como tal. La paciencia con el Señor es como una tenue luz en el tiempo oscuro que precede a la visión. Es luz justamente porque se trata de paciencia con aquel cuyas promesas, a diferencia de las del mundo, nunca engañan. En el tiempo de la paciencia con el Señor las cosas se ven enmarcadas en la fidelidad del Señor (*s.* 157,1).

Que «tener paciencia con el Señor» es de todo punto necesario lo manifiesta el hecho de que abre y cierra el versículo del salmo. Que la tribulación no es realidad pasajera, sino que durará de principio a fin está indicado en la figura de la inclusión, forma literaria en que aparece la exhortación, como ya se indicó. Al recurrir a esa figura retórica, el salmista –sostiene san Agustín– pretende evitar el engaño de pensar que practicar la paciencia es ejercicio puramente circunstancial –requerido para «dos, tres o cuatro días»– y no ejercicio permanente, mientras se vive en la tienda (*en. Ps.* 29,2,8).

Tener paciencia con el Señor, actuar varonilmente y ser fuertes de corazón (Sal 26,14) es la actitud recomendada para el tiempo que dura la construcción de la casa de Dios. Tener paciencia con el Señor y seguir sus vías es ruta de exaltación que acaba en la posesión de la tierra que Dios da a los mansos y humildes (Mt 5,4) (*en. Ps.* 1,4). Presumir en el tiempo de un alma bella es vana ostentación y más si quien presume se halla en problemas de comunión con la Iglesia. Por ello no queda sino poner el propio gozo en la esperanza, que termina en la paciencia de que habla el Apóstol (Rom 8,24-25) y que el salmista, según la interpretación de san Agustín, entiende como paciencia con el Señor, solo posible desde una conciencia limpia (*ep.* 64,1). Y en el caso específico de la convivencia con quienes rompen la unidad de la Iglesia requiere una actitud caracterizada por la fe (*fidenter*), la paciencia (*patienter*) y la fortaleza (*fortiter*) hasta el fin del mundo, cuando tenga lugar la separación física entre buenos y malos, actitud que se resume en tener paciencia con el Señor, dueño de la historia (*c. litt. Pet.* 3,4). Cuando resulta difícil tener paciencia con ellos, siempre es posible tenerla con el Señor. Tener paciencia con el Señor en este caso contexto significa aceptar que la siega y consiguiente separación tenga lugar al fin del mundo (Mt 13,40-43).

## 5) Algunas reflexiones

La exhortación a tener paciencia con el Señor en esta segunda perspectiva tiene una doble justificación: de una parte, la tribulación que acompaña siempre al fiel en su caminar hacia Dios; de otra, la larga duración del tiempo de peregrinación, o de la vida en la tienda, o de la construcción de la casa, según las diversas imágenes. Esta es la realidad



objetiva. Pero ¿qué razones puede tener el sufrido fiel para aceptar la exhortación? El santo, que las encontró para animar al abrasado por el fuego del amor de Dios, las tiene también para estimular al entumecido por el frío del desamor de los enemigos. Tales razones se fundamentan o en Cristo; o en la Iglesia, o en el fiel mismo.

La referencia a Cristo no podía faltar, contemplado tanto en su vida terrena como en su vida de ascendido al cielo. En cuanto a su vida terrena, su ejemplo da fortaleza (*confirmat*) a los justos. Al que sufre de impaciencia ante la magnitud de las tribulaciones de la vida presente, le ayudará a tener paciencia con el Señor el considerar que nunca igualarán las que sufrió por él Cristo, que no tenía motivo alguno para sufrir (*en. Ps. 32,2,5-6*). Él mismo experimentó una cierta impaciencia frente a Dios cuando en Getsemaní sintió la dureza de su voluntad y en el Calvario, el abandono del Padre, pero en ambos casos se mostró paciente con él. Por otra parte, contemplado como Cabeza y Cimiento de los fieles, manifiesta a dónde conduce la paciencia con el Señor, pues a la dedicación del Cimiento –Cristo– hay que asociar la dedicación de la casa futura –la Iglesia– (*en. Ps. 29,2,11.14*).

El salmista no exhorta solo a tener paciencia con el Señor, sino también a comportarse varonilmente. Este último aspecto lleva al santo a contemplar la posibilidad de que alguien concluya erróneamente que la exhortación está dirigida únicamente a varones. El temor lo espanta recurriendo de nuevo a la realidad del Cristo total presente ya en el punto anterior e indicar que la exhortación está dirigida al único Hombre, que, en boca del obispo de Hipona, es el único Cristo que incluye en sí a todos los fieles, varones y mujeres. En efecto, en él, en quien no hay *ni varón ni mujer* (Gál 3,28), se supera esa dualidad. La condición varonil aquí es, pues, de naturaleza espiritual, no física ni psicológica, en cuanto inseparable de la unión con el Hombre Cristo, por lo que puede haber mujeres muy varoniles –las plenamente integradas en él– y varones afeminados –los no integrados en él–. De ahí que el santo considere que rehusar tener paciencia con el Señor equivalga a no ser varonil, sino un afeminado (*en. Ps. 26,2,26*).

El santo pone a la Iglesia en el punto de mira en relación con el conflicto con los cismáticos donatistas. En este contexto, el argumenta que «tener paciencia con el Señor» reporta el beneficio inmenso de

la unidad, que tiene dos manifestaciones. Quien convierte en vida la exhortación ni perturba con disensiones la caridad de quienes no buscan lo suyo, sino lo de Jesucristo, ni –lo que sería peor– desgarrar con soberbia emulación la unidad de la red del Señor, que reúne toda clase de peces hasta que llegue a la orilla (c. *litt. Pet.* 3,4). El santo ha ido de lo menos grave a lo más grave: de la simple disensión al desgarrar de la unidad.

Un último argumento tiene óptima expresión en el refrán español «lo que bien acaba bien está». No importa la fatiga del caminar sino el gozo de llegar, momento en que se hará presente aquel con quien se ha tenido paciencia, que enjugará el sudor, secará las lágrimas y ya no volverá a haber llanto (en. *Ps.* 29,2,8). Las promesas del mundo engañan siempre, nunca las de Dios (s. 157,1).

### III. CONCLUSIÓN

Comenzamos estas páginas con una referencia al libro de Tomáš Halík, *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos* y con una referencia a él las concluimos. En el prólogo el autor escribe: «La fe y la esperanza son expresiones de nuestra paciencia, precisamente en esos períodos (de ausencia de Dios). Y lo mismo el amor: un amor sin paciencia no es un auténtico amor... La fe, la esperanza y el amor son tres aspectos de nuestra *paciencia con el Señor*; son tres formas de asumir la experiencia del ocultamiento de Dios»<sup>32</sup>. El presente estudio viene a confirmar la perspectiva del escritor. San Agustín no afirma que las virtudes teologales sean expresiones de la paciencia del fiel con Dios, pero su argumentar deja claro que la realidad es esa, porque la práctica de las tres virtudes requiere una buena dosis de esa paciencia, en cuanto que las tres van asociadas a un sufrido tiempo de espera. De hecho, las tres revelan un presente abierto a un porvenir, un comienzo abierto a una plenitud. La fe es el comienzo de un conocimiento confiado y amoroso en el presente, que espera el conocimiento pleno y definitivo para el futuro; la esperanza es comienzo en el presente de una liberación, de momento solo interior, de cualquier mal, que espera ser plena y definitiva en el futuro; el amor es comienzo de un encuentro cierto y confiado en el presente, que espera el encuentro pleno y definitivo para

---

<sup>32</sup> Halík, T., *Paciencia con Dios*, 13.

el futuro. Y esa triple forma de espera de Dios se convierte en ejercicio de paciencia; y como lo que se espera es don libérrimo de Dios, la espera acaba en paciencia con él.

No obstante, hay una diferencia de planteamiento. Simplificando -quizá en exceso- los interlocutores del autor checo son los que se sienten lejanos de Dios al no haberlo encontrado aún; los interlocutores del obispo de Hipona son los que lo sienten igualmente alejado, a pesar de haberlo encontrado. Los primeros lo buscan para cerciorarse de su existencia, los segundos para disfrutar de su presencia y poder. A ambos se les reclama paciencia, porque ambos pecan de impaciencia. Pues «la “espera de Dios” no tiene lugar solamente en la “antesala de la fe”, sino que pertenece más bien al corazón de la fe misma»<sup>33</sup>. Y aquí hablar de fe conlleva también hablar de esperanza y de amor.

---

<sup>33</sup> *IB.*, p. 233.